

Conferencia dictada por el Dr. Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega:

El Dr. Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega nació en Málaga (España) en 1943, y es catedrático universitario desde 1977. En 1960 obtuvo el Diploma en Historia de América por la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida (Huelva). Es Licenciado en Ciencias (sección Físicas) por la Universidad de Barcelona (1967), Doctor en Ciencias (sección Físicas) con la calificación de sobresaliente "cum laude" por la Universidad de Valencia (1974).

Actualmente se desempeña como Profesor Ordinario de la Universidad de Navarra, en su Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales (Departamento de Economía) como Catedrático de Teoría Económica. Es Subdirector del *Instituto Empresa y Humanismo* de esa misma Universidad, del que es Director de publicaciones. Es también Director del programa doctoral "*Gobierno y Cultura de las organizaciones*".

Al crearse la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Navarra (curso académico 1986-87) es nombrado primer Decano de la misma.

Es miembro fundador de la *European Economic Association*, y Académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras de Barcelona. Desde 1988 es profesor invitado de la Universidad Católica de Buenos Aires, la que le nombra Doctor *Honoris Causa* en 1994. En mayo de 1991 recibe el *Premio Europa* del Centro de Documentación Europea y es nombrado miembro de la *Royal Economic Association*; en julio de 1992 es nombrado *Visiting Scholar* del Departamento de Economía de Harvard University (Boston, Massachusetts).

En el año 2001 dictó el curso *Historia del Pensamiento Empresarial*, para los alumnos de último año de la Facultad de Dirección y Administración de Empresas de la Universidad del Istmo.

Es autor de más de treinta y cinco publicaciones sobre los temas de su especialidad.

UNIVERSIDAD, PERSONA Y SOCIEDAD: El sentido de la Universidad en el pensamiento y en la vida de San Josemaría.

Excelentísimo Sr. Rector.

Ilustres colegas.

Señoras y Señores.

Constituye para mi un honor y una profunda alegría dirigirme hoy a los miembros de esta joven y muy querida Universidad del Istmo. La juventud que quiero alabar con estas palabras no se refiere a sus pocos años de existencia, algo que en sí mismo carece de importancia, y que se cura con el simple transcurso del tiempo. Me refiero al espíritu de prudente audacia y de amor a la Verdad, que habéis demostrado quiénes de un modo u otro habéis hecho posible este maravilloso monumento a la amistad civil y cristiana que de modo muy especial representa esta universidad. Por eso, en beneficio de esta amada nación guatemalteca, deseo que ese espíritu joven que habéis demostrado no sólo se mantenga, sino que se renueve.

Como la mayoría de ustedes saben muy bien, en el año que apenas acaba de concluir hemos celebrado con gran alegría el centenario del nacimiento de San Josemaría Escrivá. Además, muchos de nosotros hemos tenido la dicha de alabar y dar gloria a Dios con

ocasión de esa verdadera fiesta que para toda la cristiandad ha constituido su canonización en la plaza de san Pedro, en una inolvidable ceremonia, presidida por su Santidad el Papa Juan Pablo II, a quien Dios guarde mucho años.

Como también saben la mayoría de ustedes, San Josemaría Escrivá de Balaguer, además de fundador de la Prelatura del Opus Dei, fue también fundador de la Universidad de Navarra, a cuyo claustro tengo el honor de pertenecer. También fue inspirador muy directo de muchas otras universidades que han ido surgiendo en diversas partes del mundo que no me cabe duda son fruto de su oración y de su hondo sentido del espíritu universitario.

Por todo estos motivos, acogí con verdadera alegría que las autoridades académicas de esta universidad, al ofrecerme el honor de pronunciar esta lección inaugural de curso, respetando mi natural libertad para elegir el tema, me sugiriesen delicadamente que les gustaría que el tema tuviese algo que ver con el centenario del nacimiento de San Josemaría. Como en este caso se podría decir -en lenguaje coloquial- que el hambre venía a coincidir con las ganas de comer, me alegré de la sugerencia y decidí a hablar del sentido de la universidad en el pensamiento y en la vida de San Josemaría. Este lección se convierte así, en primer lugar en ocasión para manifestar públicamente el agradecimiento a la Bondad divina por tantos bienes que como universitarios hemos recibidos a través de la vida de su siervo Josemaría. Si como dicen en Castilla, es de bien nacidos el ser agradecidos, en este ocasión no hacerlo así habría sido además una manifiesta injusticia. En segundo lugar también espero que esta lección pueda ser ocasión para que todos ahondemos un poco más en el sentido humano y cristiano de la noble tarea universitaria que honrosa y esforzadamente nos ha tocado desempeñar.

Antes de entrar en el desarrollo del tema, me gustaría acogerme a la benevolencia de todos ustedes, ya que si siempre resulta complicado y difícil exponer en pocas palabras, y con acierto, el pensamiento de una rica personalidad humana, en este caso esa misma dificultad se incrementa de modo extraordinario, pues no sólo se trata del pensamiento de un hombre dotado de unas cualidades humanas excepcionales, sino de un hombre santo, es decir de alguien zarandeado por la fuerza misteriosa y vivificante del Espíritu Santo. En realidad lo que me propongo es una tarea un tanto indiscreta ya que lo que viven y piensan los santos es de algún modo un misterio, un secreto entre Dios y cada alma. Por eso ya desde ahora pido la ayuda de San Josemaría para que al menos lo que diga no se aparte en demasía de lo que realmente vendría a ser su pensamiento sobre el tema del que pretendo hoy hablarles.

El amor a la libertad.

Quiero comenzar diciendo que, en mi opinión, para entender lo que San Josemaría pensaba sobre el sentido de la universidad, no sería suficiente con leer y comentar los abundantes textos en los que trata específicamente de ese tema. Es necesario que para su recta y honda comprensión se hace imprescindibles además situarlos en el contexto de toda su predicación, y sobre todo, en ese contexto por excelencia que es el ejemplo de su propia vida.

Ciertamente que San Josemaría fue un gran universitario. Además de Doctor en Teología y en Derecho Civil, fue sobre todo y así le gustaba proclamarlo a todos los vientos, un sacerdote de Jesucristo, que movido por una muy especial gracia divina tuvo como misión anunciar a todo los hombres que se habían abierto los caminos divinos de la tierra. Que en medio de las circunstancias más sencillas y ordinarias de la vida, se esconde un algo divino que corresponde a cada uno de nosotros descubrir. Esa sería, en mi opinión, el profundo venero del que se alimenta todo el pensamiento y la vida de San Josemaría.

Algo que le permitiría llegar muy hondo en el sentido de una institución como la universidad, que nacida en el seno de la cultura cristiana, acumula ya varios siglos de existencia, pero que vista a través de los ojos de San Josemaría se presenta en toda su lozanía e ímpetu juvenil.

Desde mi punto de vista la luz que inspira la profunda renovación que San Josemaría ha llevado a cabo del espíritu universitario surge de su apasionado amor por lo que con frase iluminadora solía designar como "la libertad de los hijos de Dios". Un deslumbrante sentido humano y cristiano de la libertad, surgido de una excepcional y profunda experiencia personal del don de la filiación divina. No se puede olvidar que la raíz del incomparable vigor y prestigio de que gozaban las grandes universidades cristianas europeas, durante los siglos XIII al XVI, consistía precisamente en esa experiencia de la libertad que el pensamiento cristiano siempre ha fundamentado en una vivida experiencia del esplendor de la Verdad. Ese fue el espíritu de los grandes maestros de las universidades medievales, San Alberto, el grande, Santo Tomás, San Buenaventura, y una larga lista de ilustres profesores que son gloria y patrimonio común de todas las universidades que se sientan herederas de esa venerable tradición. En este se puede decir que San Josemaría asume y hace suya esa larga tradición universitaria. Sin embargo, al mismo tiempo, como es propio de una verdadera fidelidad, la renueva y le abre insospechados y más amplios horizontes de servicio a Dios y a todas las almas.

Este espíritu de amor a la libertad, surgido de su viva conciencia de saberse y vivir como hijo de Dios, que le llevaba a no tener miedo a nada, ni a nadie, "ni siquiera a Dios, que es mi Pader", constituía un rasgo inseparable del ambiente que San Josemaría sabía crear a su alrededor, y que por eso resultaba tan atractivo para la gente joven. En este sentido, recuerdo de mis tiempos de joven estudiante universitario, cuando era residente del colegio mayor Monterols en la universidad de Barcelona, una frase en latín: "veritas liberavit vos", (la verdad os hará libres), que por sugerencia de San Josemaría se había gravado sobre una viga de aquel elegante edificio. Esta frase constituye a mi entender la clave para entender no sólo el sentido profundo de la tarea universitaria, sino el de cualquier tarea honesta que desempeñan los hombres. Pienso que a todos los universitarios que hemos pasado por aquel querido Colegio Mayor Universitario, aquella frase nos ha servido para comprender cada vez mejor que la libertad no es un sentimiento efímero, sino que surge como consecuencia del humilde y abnegado esfuerzo por descubrir la verdad que se esconde en las circunstancias más ordinarias de la vida. Una manera de vivir la libertad que por remitir al sentido más pleno y radical de la Verdad, sólo es plenamente accesible a los que de algún modo se esfuerzan seriamente en vivir como hijos de Dios. Por eso San Josemaría nos recordaba a los jóvenes estudiantes de aquellos años que "la religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma -que no se aquieta- si no trata y conoce al Creador" (Conversaciones con Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, Minos, México, 1992, No. 73)

Una libertad así vivida, fruto de una búsqueda serena y esforzada de la verdad, construida sobre el estudio y el empeño por mejorar el propio saber, supone a un profundo respeto a la capacidad de la razón humana, que es lo propio y constitutivo de la tarea universitaria. Como se encargaba de recordarnos San Josemaría no hay ninguna posible incompatibilidad entre el ejercicio de la fe y el de la razón. "Con periódica monotona -decía- algunos tratan de resucitar una supuesta incompatibilidad entre la fe y la ciencia, entre la inteligencia humana y la Revelación divina. Esta incompatibilidad solo puede aparecer, y aparentemente, cuando no se entiende los términos reales del problema. Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si El ha creado al hombre a su imagen y semejanza

(Gen. 1,26) y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe –aunque sea con un duro trabajo- desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia. No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad” (Escrivá de Balaguer, Josemaría, *Es Cristo que pasa*, Minor, México, 1992, No. 10)

Esa frase “desentrañar el sentido divino que tienen todas las cosas” supone que hay que hacerlo mediante el esfuerzo personal de estudio e investigación, pues para San Josemaría “el don de la fe no exige de un trabajo sereno, constante, y esforzado, para con las limitaciones de la razón humana, saber llegar hasta el sentido más hondo de la realidad de las cosas” Una tarea que constituye el único modo de llevar a cabo una verdadera cultura cristiana, de generar un verdadero espíritu universitario, que como su propio nombre indica impulsa a la búsqueda de la unidad del conocimiento: a descifrar “el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas”.

Este modo de entender la relación entre la fe y la razón se sitúa en la misma tradición de Santo Tomás de Aquino, que siendo uno de los grandes teólogos que han existido, nunca cejó en poner todo su empeño en llevar hasta el límite de sus posibilidades al puro discurso racional. Estaba firmemente convencido de que la luz de la Gracia no destruye la naturaleza humana, sino que la perfecciona, y la impulsa a adentrarse sin miedo en la radiante oscuridad de la fe, donde como ha representado Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, el dedo de Dios parece rozar el dedo del hombre.

El fin natural del hombre es la contemplación de luz de la Verdad que brota sin cesar de la Esencia Divina. Así ese maravilloso destino no puede postergarse al final de los tiempos, más allá de la clausura de la historia, sino que de algún modo tiene que estar como incoado en la misma naturaleza humana. “Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno (Ge. 1, 7 y ss.). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados e infidelidades. No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios”

“Por el contrario, debéis comprender ahora, -con una nueva claridad- que Dios os llama a servirles en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir.”

Estas frases tomadas de la homilía que San Josemaría pronunció en el campus de la Universidad de Navarra, el 8 de Octubre de 1967, y que desde entonces se conoce como la “homilía del Campus”, nos ayudaba a entender a los universitarios que tuvimos la dicha de escucharle, que la fuerza de una fe encarnada en la propia vida, impulsa a la creciente ilusión por estudiar cada vez más, por mejorar el modo de servir a los demás con la propia competencia profesional y humana. De ese modo llegaremos a descubrir la luz de Dios a través de la verdad que se esconde en los saberes humanos.

Un espíritu de libertad así vivido no sólo respeta la autonomía de la razón, sino que la impulsa al paciente y cotidiano esfuerzo de investigación y de estudio. Sería una ofensa a la dignidad humana, y por encima de todo a su Creador, dar por supuesto que el esplendor de la luz del Espíritu Santo vendría a ser una especie de remedio a la pereza

y la falta de empeño por utilizar las luces que Dios ha concedido a los hombres. Pero, al mismo tiempo, como recordaba San Josemaría, hay que evitar la postura contraria: la que en nombre de una falsa objetividad rechaza toda apertura humana a la trascendencia y a la religión “La universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple su honradez ante posibles situaciones incómodas, porque esa rectitud comprometida no corresponde siempre con una imagen favorable de la opinión pública” (Discurso 9/5/74 Pamplona)

Para San Josemaría : “... el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico de buena teología. Una universidad de la que la religión esta ausente, es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye –sino que exige- las demás dimensiones” (Conversaciones, 73).

Es precisamente ese estudio riguroso de las verdades fundamentales de la religión, el que evita la ramplona facilonería del que en beneficio propio, y por pura comodidad o cobardía se niega a reconocer las dificultades que de hecho no cesan de plantearse en la vida y en el pensamiento de los hombres “..... afrontar esperanzadamente el futuro con fe sobrenatural no significa en absoluto ignorar los problemas. Todo lo contrario: la fe es un nuevo acicate para la búsqueda cotidiana de soluciones” (Discurso 9/5/74 Pamplona).

La fe en Dios no es un modo de evadirse de los problemas y el sufrimiento de la sociedad que nos rodea “Salvarán este mundo nuestro –permitidme que lo recuerde- no sólo los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciéndolo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios u en el destino eterno del hombre y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta” (Discurso 9/5/74 Pamplona)

Ese enraizamiento en la fe es la más plena garantía de la libertad que debe existir en el seno de la Universidad. “Es en medio de las limitaciones inseparables de nuestra situación presente, porque el pecado habita todavía de algún modo en nosotros, el cristiano percibe con claridad nueva toda la riqueza de su filiación divina, cuando se reconoce plenamente libre porque trabaja en las cosas de su Padre, cuando su alegría se hace constante porque nada es capaz de destruir su esperanza” (Es Cristo que pasa, 138)

Ninguna persona que carezca de esa fe puede tener miedo al calor humano y divino de los que se esfuerzan por vivir en sus propias vidas esa concepción de la Verdad y la Vida. “Yo –sostenía con fuerza San Josemaría- definiendo con todas mis fuerza la libertad de las conciencias, que denota que a nadie le es lícito impedir que la criatura tribute culto a Dios. Hay que respetar las legítimas ansias de verdad: el hombre tiene obligación grave de buscar al Señor, de conocerle y de adorarlo, pero nadie en la tierra debe permitirse imponer al prójimo la práctica de una fe de la que carece; lo mismo que nadie puede arrogarse el derecho hacer daño al que la ha recibido de Dios (Amigos de Dios, 32)

Sólo el ímpetu de ese apasionado amor por la libertad que surge del empeño por acercarse a la Verdad, a la que armónicamente tienden la fe y la razón, puede mantener la perenne juventud del genuino espíritu universitario. Sólo quien se deja arrastrar en su vida por la fuerza de ese amor a la Verdad es capaz de mantener limpia su mirada y de seguir asombrándose cada día ante la renovada belleza de todo lo creado. Una juventud de espíritu que no es algo sentimental y pasajero, sino que brota de la apertura de la razón

a la fuerza del Espíritu Santo. Sólo así podrá la universidad realizar la más propia de su función: la síntesis de conocimientos dispersos. Una síntesis que se realiza en el corazón de los verdaderos universitarios: "En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria" (Amar al mundo apasionadamente 8/10/1967 Pamplona)

La síntesis de saberes no implica que cada uno tenga que saber de todo, cosa imposible, y que por sí misma sólo llevaría a la afectada superficialidad del pedante. La síntesis de saberes, se logra ahondando cada vez más en el sentido de la tarea que nos ha tocado desempeñar en esta vida. Como de manera poética sugiere una canción que hace el elogio de la tarea del borrico que gira sin cesar alrededor de la noria: "por esa senda redonda cada día será más honda el agua que sacarás". Quizás por eso, San Josemaría, que además de tener un gran amor a los borricos, tenía un estupendo sentido del humor, comentaba con chispa cuando señalaba a un borrico: ¿verdad que tiene cara de catedrático?

El universitario que se cierra a esa apertura a la trascendencia se queda en la simple condición de hombre de ciencia que, como decía Chesterton, "ha sido siempre más parecido a un mago que busca el control de los elementos, en lugar de someterse al Espíritu, que es más elemental que los elementos" (en Santo Tomás de Aquino, pág. 57)

Este modo de vivir y entender la libertad no sólo se manifiesta en el seno mismo del espíritu universitario, que es ciertamente lo más importante, sino que exige de un marco de libertad civil en el que la institución universitaria pueda llevar adelante su importante misión.

Por eso San Josemaría que la autonomía universitaria: "...es otra manera de decir libertad de enseñanza. La Universidad como corporación, ha de tener la independencia de un órgano de un cuerpo vivo: libertad, dentro de su tarea específica a favor del bien común". Algo que incluye "... libertad de elección del profesorado y de los administradores; libertad para establecer los planes de estudio, posibilidad de formar su patrimonio y de administrarlo. En una palabra, todas las condiciones necesarias para que la Universidad goce de vida propia. Teniendo esta vida propia, sabrá darla, en bien de la sociedad entera" (Conversaciones, 79)

Pero también se tiene que manifestar en el ambiente que se vive dentro de la Universidad. "Con libertad y responsabilidad se trabaja a gusto, se rinde, no hay necesidad de controles ni de vigilancia; porque todos se sienten en su casa" (Conversaciones, 84). Un ambiente que por sí mismo es un excelente medio de formación. "Es en la convivencia donde se forma la persona; allí aprende cada uno que, para poder exigir que respeten su libertad, debe saber respetar la libertad de los otros" (Conversaciones, 84)

Una libertad así vivida a fomenta la responsabilidad de todos, refuerza el deseo de sacar adelante entre todos esa forma tan radical del bien común que es la Universidad. Hace que de modo natural, profesores y estudiantes, "amen primero la libertad de los demás, y su propia libertad con la consiguiente responsabilidad; que no deseen el lucimiento personal ni se arroguen facultades que no tienen, sino que busquen el bien de la Universidad, que es el bien de sus compañeros de estudio" (Conversaciones, 78). Un ambiente de amor apasionado a la verdad y la libertad que tendrá como resultado que "la Universidad será hogar de paz, remanso de serena y noble inquietud, que facilite el estudio y la formación de todos" (Conversaciones, 78)

La Universidad como servicio a todos.

Me gustaría ahora detenerme, aunque sea brevemente, en lo que podríamos constituir

como el reverso de lo que hemos estado hablando hasta ahora. Es decir: de la universidad como servicio a todos los hombres. Si la libertad es concebida como una donación que se hace cada vez más plena en la medida en que el hombre va tomando conciencia vital de su filiación, resulta lógico que esa misma experiencia de libertad se realice en el espíritu de servicio a los demás. La libertad, dice San Josemaría "... adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres. ¡Cada día aumentan mis ansias de anunciar a grandes voces esta insondable riqueza del cristiano: la libertad de la gloria de los hijos de Dios!" (Amigos de Dios, 27).

Este gozoso empeño por servir a los demás través de la propia profesión, paradójicamente no esclaviza, sino que hace sentir en el hondón del alma la alegría que brota de una vida cada vez más plena. Un modo de entender la vida que se sitúa en las antípodas de la indeterminación estéril del solitario egoísta, para quien cualquier compromiso de servicio a los demás se le presenta como un recorte a su triste y estrecha concepción de la libertad. El impulso que lleva a la gozosa experiencia de la libertad sólo puede surgir de un corazón enamorado. Como proclama San Josemaría "cuando hay amor de Dios, el cristiano tampoco se siente indiferente ante la suerte de los otros hombres, y sabe también tratar a todos con respeto; y que cuando ese amor decae, existe el peligro de una invasión fanática y despiadada, en la conciencia de los demás" (Es Cristo que pasa, 67).

El celo sacerdotal de San Josemaría siempre estuvo abierto a todas las almas, a personas de toda condición social e intelectual, pero precisamente por natural consecuencia de su condición de universitario tuvo que dedicar mucho tiempo de su vida a formar a un gran número de estudiantes universitarios, de entre los que surgirían los primeros miembros de la Prelatura del Opus Dei. Estaba convencido de que la propia naturaleza de la tarea universitaria, a la que se sentía vocacionalmente llamado, estaba abierta al servicio de los demás, y que no sólo era un medio querido por Dios para la mejora humana y profesional, sino que constituía terreno abonado para un posterior descubrimiento del sentido divino de lo humano. Por eso creo que no se trata de una simple casualidad que las primeras labores apostólicas que surgieron con su aliento y con su esfuerzo personal fuesen academias y residencias universitarias. No por razón de elitismo, como podría concluirse de forma superficial y atolondrada, sino por una razón que está muy unida a la misión que Dios le encomendó: como un medio excelente para "poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas".

San Josemaría nunca entendió la tarea de los universitarios como una tarea elitista reservada a unos pocos que se juzgan a sí mismo como selectos, y viven encerrados en cenáculos que los aíslan de lo que sucede al resto de la humanidad. Su convicción de que la Universidad esta abierta a todos, ha quedado expresada con especial fuerza cuando con ocasión de la solemne recepción del título de doctor "honoris causa" que le concedió su querida Universidad de Zaragoza, se alegraba de que su paisano San José de Calasanz, otro ilustre aragonés universal, se hubiera adelantado a los tiempos propugnado la apertura de la educación a todos los hombres. Se dirigía con estas palabras a sus colegas de claustro: "En la circunstancia histórica de la primera mitad del siglo XVII, cuando la sociedad estamental se hallaba todavía en al plenitud de su apogeo, el ideal pedagógico de San José de Calasanz, en abierta pugna con la mentalidad de entonces, aparece ante el observador de hoy con dimensiones de intuición profética. En una época en que se juzgaba indiscutible que la instrucción superior era patrimonio exclusivo de los jóvenes de la aristocracia, y que al pueblo se le debía enseñar tan sólo la doctrina cristiana y en todo caso las primeras letras, el designio del Santo aragonés de cultura y educación para

todos, de la formación integral –científica y doctrinal, profesional y humana- de los hijos de las clases populares había de encontrar, forzosamente, la más cerrada incompreensión y suscitar en contra de él las tempestades que le azotaron con tan estremecedora violencia”. “El Espíritu Santo, presente siempre en la Iglesia, -comenta San Josemaría- inspiró a José la respuesta adecuada a unos tiempos nuevos, a estas transformaciones de la sociedad que los hombres avisados de su época todavía no adivinaban en el horizonte de la historia.”

Desde sus orígenes la Universidad ha tenido vocación de actuar como levadura destinada a proporcionar el sabroso pan de la verdad que satisface la más honda de las aspiraciones de los hombres. Fue la urgencia del mandato de Cristo de “ir y enseñar a todas las gentes” el impulso decisivo para que dentro de la Iglesia del siglo XII surgieran las primeras instituciones universitarias. Destinadas por tanto a llevar la luz de la verdad a todos los hombres, aunque como es lógico, siempre a través de otras personas. En aquella sociedad medieval su principal finalidad fue formar a los pastores de la Iglesia, que constituirían el único medio de dirigirse a toda la cristiandad. Pero esa primitiva vocación de servicio a todos, guiada por la fuerza del Espíritu Santo, se ha ido haciendo realidad en medio de las siempre cambiantes situaciones de la sociedad y de la historia.

Pero en ningún caso estuvo la Universidad encerrada sobre sí misma, y como desinteresada de lo que sucedía su alrededor. Fue precisamente en los periodos de gran pujanza y renovación del genuino espíritu universitario cuando, al contrario de lo que afirman gentes ignorantes y llenas de prejuicios, desde el seno de la Universidad se levantaron voces que serena, pero con impresionante autoridad asumieron la defensa de los pobres, los débiles, y los oprimidos. No me resisto invocar en estas amadas tierras americanas, el muy conocido debate sobre los “justos títulos” de la conquista española de América, que inició el muy ilustre profesor y fraile dominico, Francisco de Vitoria, cuando desde su cátedra de la Universidad de Salamanca, se preguntaba en público si había sido justa la conquista del Perú, si gozaba el rey de las Españas de los justos títulos para apoderarse de las tierras americanas. Un debate que impresiona por el equilibrio y la serenidad con que se desarrolló, y por el beneficio que trajo en forma de un mejor gobierno para todos los súbditos de aquellos extensos reinos.. Un debate que no se basó en la discusión acalorada y sin argumentos sólidos, sino en el estudio riguroso y bien fundado, y que no llevaría a la algarada y la insubordinación, sino que se realizó desde un profundo respeto a su rey y señor, pero que precisamente por eso planteó, nada menos que al muy poderoso emperador Carlos, un grave problema de conciencia sobre la licitud de su presencia en estas tierras. Un debate que desde entonces constituye un ejemplo de la independencia de criterio y de libertad de espíritu con la que un verdadero universitario puede levantar su voz de modo sereno, pero con autoridad impresionante, en defensa de los más débiles, sin miedo a ofender la dignidad del que legítimamente desempeña el poder.

Para San Josemaría, la misión del universitario nada tiene que ver con la autocomplacencia un poco ridícula del intelectual que vive encerrado en su estrecho y pequeño mundo. No cesaba de recordar a todos que en el seno del “... espíritu de humana fraternidad: los talentos propios han de ser puestos al servicio de los demás. Si no de poco sirven” (Conversaciones, 84)

Siempre me ha llenado de alegría comprobar que en muchos de los textos de antigüedad clásica a la hora de presentar la figura del sabio se recurra al modo de vida del maestro artesano, por ejemplo a un buen zapatero, que ha aprendido su oficio en el seno de una comunidad en la que se lleva a cabo la tradición de un oficio. Ese paciente ejercicio diario, rodeado y ayudado por la simpatía de los que desempeñan el mismo oficio, es el que poco a poco revela no sólo la verdad del bien hacer, sino sobre todo la verdad de la

propia vida. Tengo para mí que también el oficio universitario tiene mucho de artesanal, de paciente empeño en el seno de la comunidad universitaria por mejorar cada día un poco, sin preocuparse por los aparentes fracasos, y sin dar demasiada importancia a los triunfos. El verdadero maestro, sea zapatero o astrónomo, es una figura atractiva por la serena humildad con que vive su esforzada andadura en pos de la estrella de la verdad.

Para hablar de esta hermosa virtud a San Josemaría le gustaba citar dos frases de dos grandes maestros de la literatura castellano. De Cervantes, “el primer literato de Castilla”, y de su admirada y muy querida Teresa de Jesús, “Teresona la grande”. Del primero le gustaba paladear aquel comentario de que “la humildad es el fundamento y quicio de toda virtud, de tal modo que sin ella ninguna de ellas es verdadera. De la segunda le encantaba esa definición en la que tan bien se armonizan lo divino con lo humano: “la humildad es andar en verdad”. La humildad no es por tanto una actitud externa y postiza, sino una especie de elegancia humana, sabroso fruto de ese empeño por caminar paso a paso en búsqueda de la verdad. Condición básica para servir eficazmente a los demás. No lleva al abandono y a la pereza, sino que genera una elegancia natural para persistir sin desánimo y con olvido de uno mismo en servicio de los demás.

Por eso es una característica del buen maestro universitario la pasión por el estudio, sereno pero constante, manifestación de una actitud humilde del que reconoce que siempre puede mejorar en todos los terrenos. De ese modo la docencia surge de modo natural, como una amistosa invitación a participar en esa andadura humilde y enamorada de la verdad.

“Cuando se descuida la humildad, el hombre pretende apropiarse de Dios, pero no de esa manera divina, que el mismo Cristo ha hecho posible... sino intentando reducir la grandeza divina a los límites humanos. La razón, esa razón fría y ciega que no es la inteligencia que procede de la fe, ni tampoco la inteligencia recta de la criatura capaz de gustar y amar las cosas, se convierte en la sinrazón de quien lo somete todo a sus pobres experiencias habituales, que empuñan la verdad sobrehumana, que recubren el corazón del hombre con una costra insensible a las mociones del Espíritu Santo” (Es Cristo que pasa, 165)

Esa actitud humilde del verdadero maestro, que nunca se considera suficientemente preparado, y que no se perdona, aunque se caiga de viejo, la persistencia en el feliz esfuerzo por seguir mejorando su competencia profesional y humana, le lleva a saber rectificar con alegría cuando es consciente de que se ha equivocado, y a saber escuchar a todos con atención y sin prepotencia. De ese modo forma a sus estudiantes de modo natural, sin necesidad casi de proponérselo. Y se logra lo que San Josemaría deseaba para los jóvenes universitarios: “no basta el deseo de querer trabajar por el bien común: el camino para que este deseo sea eficaz, es formar hombres y mujeres capaces de conseguir una buena preparación, y capaces de dar a los demás el fruto de esa plenitud que han alcanzado” (Conversaciones, 73).

El continuado empeño por mejorar la competencia profesional no sólo es condición imprescindible para vivir la caridad, sino para vivir el más elemental sentido de la justicia. Como dice un excelente verso del poeta romano Terencio: “Homine imperito nunquam quidquam iniustus” (“no hay nada más injusto que una persona inexperta”) Alterando un poco el sentido de este verso, se podría decir que en el caso de un maestro: “homine imperito nunquam quidquam magis caritati contrarium” (“no hay nada más contrario a la caridad que una persona inexperta o incompetente”). La primera manifestación de cariño de un maestro por sus estudiantes es el esfuerzo diario por mejorar cada día un poco.

Sólo el ejemplo de unas vidas en las que se trasluce el empeño por alcanzar este sentido de la caridad y de la justicia impulsa al estudiante a formarse muy bien, a poner todo el empeño en adquirir la máxima competencia posible, sin encerrarse nunca en sus propios intereses. "Es necesario que la Universidad forme a los estudiantes en una mentalidad de servicio: servicio a la sociedad, promoviendo el bien con su trabajo profesional y con su actuación cívica. Los universitarios necesitan ser responsables, tener una sana inquietud por los problemas de los demás y un espíritu generoso que les lleve a enfrentarse con estos problemas y a procurar encontrar la mejor solución. Dar al estudiante todo esto es tarea de la Universidad" (Conversaciones, 74)

"Conviene inculcar al joven estudiante que su preocupación por lo que ocurre alrededor, su actuación a favor del bien común se traduce en primer lugar en su propia actuación profesional competente, y en segundo lugar en su actuación ciudadana". Sólo así llegará a tener una arraigada convicción de que su "futuro trabajo profesional esté al servicio de todos" (Conversaciones, 74) "La Universidad no debe formar hombres que luego consuman egoístamente los beneficios alcanzados con sus estudios, debe prepararles para una tarea de generosa ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana" (Conversaciones, 75) Esto exige el ejemplo diario de los profesores y compañeros, vivir rodeado de amigos que procuran "darse a los demás mediante un trabajo profesional que procuran hacer con perfección humana, ..., con un espíritu siempre joven y lleno de alegría" (Conversaciones, 75).

Hay que enseñar a los estudiantes a enfrentarse con la verdad y huir de una apariencia de preocupación por los demás que en fondo no es más que comodidad y disculpa. De nada sirve una solidaridad que se queda en manifestaciones orales o escritas, cuando no en algaradas estériles o dañosas: "yo -sostenía con fuerza San Josemaría- la solidaridad la mido por obras de servicio" (Conversaciones, 75)

A este respecto es muy ilustrativo lo que San Josemaría pensaba sobre la presencia de la política en el seno de la Universidad. Comenzaba por realizar una aclaración que a mi entender es clave para la recta comprensión del tema: "Antes de nada, quiero decir que ... estoy expresando una opinión, la mía, la de una persona que desde los dieciséis años -ahora tengo sesenta y cinco- no ha perdido el contacto con la Universidad. Expongo mi modo personal de ver esta cuestión" (Conversaciones, 76). Una aclaración que por si misma muestra la misma solidez de esa misma opinión, y sobre todo pone de manifiesto un modo gráfico su respeto a la libertad de los demás.

Añadía a continuación: "Me parece que sería preciso, en primer lugar, ponerse de acuerdo sobre lo que significa política. Si por política se entiende interesarse y trabajar a favor de la paz, de la justicia social, de la libertad de todo, en ese caso todos en la Universidad, y la Universidad como corporación, tienen obligación de sentir esos ideales y de fomentar la preocupación por resolver los grandes problemas de la vida humana" (Conversaciones, 76) Un modo clásico de entender la política, que remite, por ejemplo, a lo que hemos visto con anterioridad con ocasión del debate sobre "los justos títulos".

"Si por política se entiende, en cambio, la solución concreta a un determinado problema, al lado de otras soluciones posibles y legítimas, en concurrencia con los que sostienen lo contrario, pienso que la Universidad no es la sede que haya decidir sobre eso" (Conversaciones, 76)

"La Universidad es el lugar para prepararse a dar soluciones a esos problemas; es la casa común, lugar de estudio y de amistad; lugar donde deben convivir en paz personas de diversas tendencias que, en cada momento sean expresiones del legítimo pluralismo

que en la sociedad existe" (Conversaciones, 76)

Es muy interesante su postura personal sobre la misión de la Universidad en el caso de un país donde "no existiese la más mínima libertad política, quizá se produciría una desnaturalización de la Universidad que, dejando de ser casa común, se convertiría en campo de batalla de facciones opuestas".

"Pienso, no obstante, que sería preferible dedicar esos años a una preparación seria, a formar una mentalidad social, para los que luego manden -los que ahora estudian- no caigan en esa aversión personal a la libertad, que es algo verdaderamente patológico. Si la Universidad se convierte en el aula donde se debaten y deciden problemas políticos concretos, es fácil que se pierda la serenidad académica y que los estudiantes se formen en un espíritu de partidismo; de esa manera, la Universidad y el país arrastraran siempre ese mal crónico del totalitarismo, sea del signo que sea." (Conversaciones, 77)

"Quede claro que, al decir que la Universidad no es el lugar para la política, no excluyo sino que deseo, un cauce normal, para todos los ciudadanos. Aunque mi opinión sobre este punto es muy concreta, no quiero añadir más, porque mi misión no es política, sino sacerdotal. Los que os digo es algo de lo que me corresponde hablar, porque me considero universitario: y todo lo que se refiere a la Universidad me apasiona. No hago, ni quiero, ni puedo hacer política; pero mi mentalidad de jurista y de teólogo -mi fe cristiana también- me llevan a estar siempre al lado de la legítima libertad de todos los hombres.

Nadie puede pretender en cuestiones temporales imponer dogmas, que no existen. Ante un problema concreto, sea cual sea, la solución es: estudiarlo bien y, después, actuar en conciencia, con libertad personal y con responsabilidad también personal" (Conversaciones, 77)

Quiero por último hablar de cómo para San Josemaría, la fuerza de un espíritu universitario vivido con esa radicalidad, constituye una verdadera lluvia de bienes para la sociedad y el país en que se desenvuelve. "la Universidad debe contribuir desde una posición de primera importancia al progreso humano. Como la vida planteada en la vida de los pueblos son múltiples y complejos -espirituales, culturales, sociales, económicos, etc.- la formación que debe impartir la Universidad ha de abarcar todos estos aspectos." (Conversaciones, 73)

Sólo me queda agradecerles la atención que me han prestado y desear que esta Universidad, con el empeño y la ayuda de todos ustedes, y sobre todo con la ayuda de San Josemaría, sea efectivamente un foco de riqueza y cultura cristiana, una siembra de paz y de alegría para todos los que habitan estas espléndidas tierras de Guatemala.